

JAVIER RUIZ MARTÍN

El callejero maldito



El callejero maldito

COLECCIÓN
LITERADURA

Javier Ruiz Martín

El callejero maldito



Primera edición: septiembre de 2018

© Javier Ruiz Martín, 2018

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2018
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-939045-0-0

Dep. Legal: M-25843-2018

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Sangre en las calles de Madrid*

Producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El callejero maldito

*A las tres generaciones de hombres y mujeres
que padecieron muerte y persecución, humillación
y miseria por parte del régimen franquista,
que cubrió las tierras de España de terror, oscuridad,
ignorancia y silencio.*

*A todas las víctimas, de las dos orillas,
de la Guerra Civil Española.*

*Y mañana los hijos de estos siervos
levantarán el vuelo sobre este campo abierto,
sobre esta España luminosa y libre.*

PABLO JIMÉNEZ

*¿De qué estrella,
de qué planeta extraño bajasteis,
como buitres,
a la bella morada que hicimos habitable
nosotros, los mortales, los verdaderos hombres?*

EDUARDO RUIZ

UNA INESPERADA CONVERSACIÓN CALLEJERA

ME ACERCO A UN OPERARIO que, subido a una escalera, desatornilla una placa que lleva la siguiente inscripción: «Travesía del General Franco».

—¿Me permite sacarle una foto? —le pregunto, cuando ya ha bajado de la escalera.

—¿A mí? —dice el operario.

—No, hombre. A la placa.

El operario me mira desconfiado. Igual piensa que soy un nostálgico del franquismo. Deja la placa en el suelo, apoyada en la pared, enciende un pitillo y dice, encogiéndose de hombros:

—Haga usted lo que quiera.

Me he traído la cámara de mis hijas, y saco ocho o diez fotos de la placa, por si las moscas.

Ahí arriba, en la escalera, el operario parecía ser más o menos de mi edad, pero, una vez abajo, observo que es un joven de no más de treinta años. Me pregunto si sabe quién era exactamente el tipo de la placa que acaba de retirar. Me animo a preguntarle, y responde:

—Pues un hijo de puta, por lo que dicen, y por lo que sé.

Buena respuesta, pienso. El joven disfruta de su cigarrillo; tiene las manos sucias y la cara tiznada de mugre urbana. La placa de Franco ensucia la piel, y uno corre el peligro de que también le ensucie el alma.

—Y usted —se anima a preguntar de pronto el operario—, ¿por qué tiene tanto interés por la placa? ¿Es que vivió aquella época?

—Hombre, no soy tan viejo como crees, pero, en efecto, nací durante el llamado segundo franquismo, y viví parte de esa etapa y el tardofranquismo.

—¿Tardo qué...?

—Da igual. Cuando Franco murió, yo tenía once años.

—¿Tan pequeño era? Entonces se acordará de pocas cosas —afirma el joven.

—No te creas. Uno tiende a pensar —le explico— que son los demás quienes no recuerdan su infancia, y que solo uno se acuerda de todo. Solemos ser bastante mezquinos con la memoria, las nostalgias y los sentimientos ajenos.

—Vaya —dice el operario, rascándose la cabeza—, tal vez tiene usted razón. Pues el caso es que nadie me ha contado nunca cosas de aquella época. Lo único que sé de Franco es lo que ya le he dicho, que era un capullo.

—Un hijo de puta, dijiste.

—Bueno, eso —dice el operario—. Pero, en realidad, jamás me he parado a pensar en quién era de verdad.

—Un dictador —matizo.

—Eso ya lo sé: un dic-ta-dor-ca-pu-llo-hi-jo-de-pu-ta —enlaza los calificativos; tira la colilla al suelo y la pisa con su compacta bota de currante.

Por el modo en que ha pronunciado las sílabas, tengo la impresión de que el operario se ha estado riendo de mí porque de verdad cree que soy un franquista. Seguro que este chico vota a Podemos, muchos jóvenes lo hacen. Yo opino lo mismo que él acerca de Franco. En eso no nos distinguimos. Tal vez cree que pretendo convertirle al franquismo o algo así. Me imagino dando una charla pública en la que ensalzo las virtudes humanas del Caudillo, como hizo Blas Piñar en una de las emisiones de *La Clave*, de Televisión Española, hace por lo menos cuarenta años. Es una estampa tan monstruosa que siento una especie de náusea interior, un vuelco doloroso en el corazón. ¿Es posible que este tío me haya interpretado mal?, me pregunto, de manera que decido limpiar mi reputación y le propongo:

—Si te interesa el tema, te puedo contar alguna cosa.

El operario se ha sentado en un peldaño de su escalera y ha encendido otro pitillo. Interpreto que va a tomarse un descanso: la placa de Franco debía de pesar mucho.

—Por mí no se prive.

Da una calada al cigarrillo con gesto divertido y se dispone a escuchar.

Entiendo que es mi momento. Estoy dispuesto a aprovecharlo.

Una tarde noche, de mediados de diciembre del año 1975, Josefina salía con sus dos hijos pequeños —los tres mayores estaban en casa con su padre, todos completamente ajenos a lo que ocurriría— del edificio de El Corte Inglés de la calle Preciados, en Madrid. Habían ido a hacer algunas compras, pero, fundamentalmente, a echar un vistazo a la sección de juguetes. Los niños estaban emocionados; desde el mismo momento en que habían visto el Scalextric en forma de 8, con sus dos flamantes Chevrolet Corvette —uno azul claro y otro rojo: el rojo sería para Andrés, y el azul claro, para Javier—, habían decidido, sin dudarle un momento, que ese iba a ser su regalo de Reyes. Ya estaban impacientes por que llegara la noche del 5 de enero, la mejor del año para cualquier niño español.

Hacía un frío intenso, y, sin embargo, el centro de la ciudad era como un inmenso hormiguero humano que ya anunciaba con su vitalidad la llegada de las fiestas navideñas y auguraba un temprano y prometedor negocio para los comerciantes de la zona.

Llegaron a la plaza del Callao, y Josefina, tras numerosos intentos fallidos de tomar un taxi, pues todos los que pasaban estaban ocupados, se dirigió hacia la boca de metro más cercana. Diez grises, ataviados con sus indumentarias de antidisturbios, impedían entrar o salir a nadie por esa boca, y Josefina preguntó a uno:

—Y entonces, ¿cómo cogemos el metro?

—Tiene otra boca ahí —respondió uno de los policías sin apenas mirarla, señalando una entrada que había junto al cine del Palacio de la Prensa.

Los niños se habían fijado bien en la indumentaria y en las armas de los grises. No era la primera vez que lo hacían: casco, porra, pistola, escopeta con un objeto cilíndrico ajustado al cañón, pantalones remetidos en las cañas de las botas de apariencia militar. Daban miedo, o, al menos, eso fue lo que sintieron Andrés y Javier, que se miraron. Josefina también se había dado cuenta de lo que pasaba, pero solo dijo:

—Vamos.

Para alcanzar la otra boca de metro tuvieron que cruzar toda la plaza. Observaron que la presencia de policías

era cada vez más numerosa. Todos llevaban cascos, iban bien armados y superaban en número a los viandantes. La gente que merodeaba por la plaza no podía entrar ni salir de esta porque la policía había taponado las calles adyacentes con los furgones policiales. Josefina y los niños, conscientes de que estaban atrapados en una telaraña gris, comenzaron a experimentar los síntomas propios de la presa humana acorralada, que está a punto de ser capturada, quizás abatida: nerviosismo, sudor en todo el cuerpo a pesar del frío invernal, pulsaciones del corazón en aumento progresivo, mareo, sensación de irrealidad, terror, un terror tan espantoso que el cerebro solo acumula información que le sirva para escapar de la trampa, para huir como sea, aun a costa de hacerse daño uno mismo.

En la otra boca de metro había más grises que en la primera, y tampoco se podía entrar por allí... ni salir. Josefina y los niños se plantaron bastante desorientados ante los policías, en un intento evidente y algo desesperado de que les dejaran pasar.

—No se puede —dijo un policía gordo y enorme, que sostenía su porra negra con la mano derecha y agitaba la izquierda para dar instrucciones a sus hombres. Era, a todas luces, un mando.

—¿Y por dónde entramos? —preguntó Josefina.

—Vaya a la otra...

Con la porra el gris gordo señaló la boca de metro de la que acababan de venir la madre y los niños. Estos se fijaron en los grandes dientes, como de tiburón, del policía.

Josefina dudaba y se movía nerviosa, pero sin decidirse a regresar a la otra boca. Tenía una inminente sensación de peligro, igual que sus hijos.

Un joven alto y delgado, muy bien peinado, que vestía un abrigo Loden verde, pasó por allí, pero el policía gordo inmediatamente le puso la porra delante, a la altura del pecho: una barrera imposible de eludir.

—¿Adónde vas?! —le interrogó el gris.

—A mi casa, vivo aquí —respondió el joven.

—¿Al metro! —ordenó el gris, le propinó un golpe seco con la porra en los nudillos de una mano y le empujó escaleras abajo; allí otros policías obligaron al joven a apoyar las manos en la pared. Había otras personas ya detenidas y vigiladas.

—Mamá, vamos a la otra boca —dijo Andrés, muy inquieto.

—Sí, vamos —dijo Javier.

Regresaron a la primera boca. Estaba, como un momento antes, vigilada por los grises.

Comenzaron a oírse gritos, pitidos, órdenes policiales. Por encima de este ruido destacaban unas palabras gritadas al unísono por cientos de voces que venían de la calle Postigo de San Martín: «¡Amnistía, libertad! ¡Amnistía, libertad!».

«Qué significa eso», pensó Javier justo antes de que una masa de grises estuviera a punto de arrollarles a los tres y comenzaran a volar botes de humo que trazaban parábolas en el aire nocturno. La atmósfera se volvió irrespirable. Corría gente por todas partes.

—¡Vamos allí! —gritó Andrés, señalando un bar de perritos calientes.

Se metieron en el bar alargado y estrecho. Estaba vacío, y se precipitaron hacia el fondo, donde estaban los urinarios. El camarero miraba impasible lo que sucedía en la plaza, como si no fuera con él. Debía de sentirse a salvo tras el mostrador, en su pecera maloliente a kétchup, mostaza y salchichas cocidas. Los silbidos de los botes de humo, los disparos de las pelotas de goma, el griterío, todo sonaba amortiguado tras la puerta cerrada del bar; era como estar viendo una película con el volumen casi inaudible. De pronto entró un chico con el pelo largo y rubio enmarañado, los ojos rojos y llorosos, y echando mocos negros por la nariz. Estaba muy excitado, sacó varias servilletas de papel de un servilletero del mostrador y se limpió los mocos. Luego nos miró y avisó:

—Ya vienen.

El chico salió a la calle. Enseguida unos grises se le echaron encima y le dieron varios porrazos; algunas porras golpeaban en la puerta del bar porque el joven se movía mucho

y los policías fallaban con más facilidad de lo que uno podía sospechar. Cuando se despejó la puerta, Josefina decidió que lo más sensato era salir de aquella ratonera. Andrés y Javier pensaban lo mismo. Sin decirse nada, abandonaron el bar. El objetivo era la boca de metro. Custodiando la entrada estaba ahora el policía gordo, que había abandonado la boca junto al Palacio de la Prensa y se había desplazado hasta allí, seguramente porque esa era la zona más conflictiva. La luz de una farola próxima se reflejaba en la superficie gris de su casco, que tenía la visera bajada.

«¡Amnistía, libertad! ¡Amnistía, libertad!», sonaban de nuevo las voces. Volaron otra vez los botes de humo y se oyeron las detonaciones de los fusiles que disparaban pelotas de goma, muy peligrosas si te daba una en mal sitio.

—¡Pero qué hacemos! —gritó Josefina desesperada, al ver que la calle era peor opción que el bar.

El gris se aproximó agitando la porra, amenazando con golpear a Josefina por detrás, tal vez en las piernas o en la espalda. Andrés y Javier, maquinalmente, se pusieron detrás de ella para parar los posibles golpes. Pero la porra en ningún momento llegó a bajar. El gesto del policía era más bien de aviso, o quizás de orientación, o el último estertor de un mundo que desaparecía.

—¡Al metro, al metro! —gritó el policía, con la porra siempre alzada.

Josefina ya se veía detenida, con las manos contra la pared, como las otras personas que habían visto apenas unos minutos antes en la otra boca.

Bajaron las escaleras muy rápido, sin mirar atrás. Ante ellos todo estaba desierto, excepto la taquilla para expedir billetes, con su taquillera dentro. Ni rastro de policías ni de manifestantes. Pagaron sus billetes, siguieron el pasillo de la línea Legazpi-Moncloa, en sentido Legazpi, y llegaron al andén. Enseguida subieron al convoy: una ballena protectora en cuyo seno podrían viajar dulcemente. Pudieron sentarse, ya que apenas había pasajeros. Josefina, aún agotada, gastó un par de bromas a sus hijos, como si no hubiera sucedido nada malo, pero los dos estaban traumatizados, como ella.

Me quedo en silencio, con la mirada interior perdida en el recuerdo. El operario me observa. Tiene la cabeza un poco alzada. Hay una sonrisa dibujada en su rostro. Sospecho a qué se debe y me molesta. Estoy convencido de que es un café y tengo la tentación de decírselo, pero entiendo que es mejor callar y largarme, porque hay personas que nunca sabrán apreciar que la libertad de la que disfrutan es fruto de la sangre y del sufrimiento de las generaciones anteriores; incluso muchos de quienes lo saben minimizan y ridiculizan el sacrificio debido a su estupidez e ignorancia.